

PUNTOS BASICOS PARA UNA EDUCACION CRISTIANA DE LOS JOVENES EN LA FE

ANTONIO FUENTES MENDIOLA

Es cada día más frecuente encontrar padres cristianos, de buena formación, desconcertados e inquietos por la educación de sus hijos al llegar éstos a la juventud. Todo lo que antes aceptaban sin dificultad, quieren ahora someterlo a riguroso análisis, enjuiciar con óptica nueva cuanto recibieron de sus mayores. Y así, el espíritu religioso de sus padres les parece poco menos que prácticas supersticiosas; consciente o inconscientemente crean dificultades en la misma vida familiar dando de paso mal ejemplo a sus hermanos menores. No entienden por qué ir a misa y precisamente los domingos. La frecuencia de sacramentos, especialmente la confesión, no les dice nada. Hacen, en definitiva, difícil la educación por parte de sus padres y se justifican con la excusa de que "ellos" son de otra época.

Los padres, por su parte, no saben qué hacer. Ensayan respuestas en las posiciones más variadas: desde la permisividad o licencia para que hagan lo que les apetezca, en uso de su libertad, hasta la postura dogmática e intransigente de que esto se hace "porque siempre se hizo así".

El Concilio Vaticano II hizo un diagnóstico claro sobre este tema: "El cambio de mentalidad y de estructuras somete con frecuencia a discusión las ideas recibidas. Esto se nota particularmente entre los jóvenes, cuya impaciencia, e incluso a veces angustia, les lleva a rebelarse, conscientes de su propia función en la vida social: desean participar rápidamente en ella. Por lo cual,

no rara vez los padres y los educadores experimentan dificultades cada día mayores en el cumplimiento de sus tareas”¹.

Hay en la juventud actual, como en la de siempre, inquietud, ansiedad y deseo vehemente por llegar a participar en las tareas de una sociedad que descubren con fuerza en estos años juveniles cargada de promesas y esperanzas. Junto a los vicios que puedan tener, hay sin duda virtudes a veces muy ocultas que los padres deberán descubrir. Es ésta una etapa en la persona plenamente abierta a los grandes ideales del espíritu. Por esto recomienda la Iglesia: “Procuren los mayores entablar con los jóvenes diálogo amistoso, que, salvadas las distancias de edad, permite a unos y otros conocerse mutuamente y comunicarse lo bueno que cada generación tiene”².

En este trabajo queremos dejar constancia, aunque sea de modo somero, de la importancia que tiene ahondar en el conocimiento de los hijos, para ayudarles con eficacia en esa tarea insustituible que corresponde a los padres: en sus dudas y crisis, y en la más profunda y como raíz de todas las demás, la llamada crisis de fe. En un verdadero diálogo, sin imposiciones autoritarias ni cómodas cesiones doctrinales, con el ejemplo fiel de la propia vida, se irá logrando el clima de cordialidad y entendimiento que los jóvenes esperan. Así lo expresaba en México Juan Pablo II, lleno de esperanza:

“¡Cómo no señalar también la presencia en medio de esta muchedumbre interpelante de la juventud, en sus inquietas esperanzas, rebeldías y frustraciones, en sus ilimitados anhelos a veces utópicos, en sus sensibilidades y búsquedas religiosas, así como en sus tentaciones por ídolos consumísticos o ideológicos... Esperan testimonios claros, coherentes y gozosos de la fe eclesial, que los ayuda a reestructurar y encauzar sus abiertas y generosas energías en sólidas opciones de vida personal y colectiva!”³.

Y es en ellos, en los jóvenes de hoy, en quienes tiene puestas sus esperanzas la Iglesia, la entera sociedad. Los padres y educadores en general habrán de descubrir ese caudal de inmensas posibilidades que tienen ante sus ojos. Sin embargo, cuántas veces se agostan los mejores intentos por falta de diálogo constructivo entre padres e hijos, como consecuencia de un desconocimiento real de la personalidad de los hijos.

1. *Gaudium et Spes*, n. 7.

2. *Apostolicam Actuositatem*, n. 12.

3. JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de las Organizaciones Católicas Nacionales*, México, 29-I-1979, en *Documentos Palabra*, n. 37.

Algunos rasgos de la juventud

La personalidad humana, en su aspecto dinámico, suele definirse como el desarrollo armónico de un conjunto de potencialidades que se encuentran en el hombre desde su mismo nacimiento. Es lo que hace que el hombre sea este hombre, con unas cualidades determinadas que emergen desde lo más profundo de su propio ser. De una manera progresiva, desde que el chico comienza a usar su razón, se va planteando continuos "porqués": primero comienza por las cosas más próximas que le rodean; con ellas se siente vinculado por lazos afectivos (padres, hermanos, conocidos), con los que forma prácticamente un todo. Pero al llegar a la adolescencia y en el tránsito hacia la juventud, es el momento en que empieza ya a objetivar y analizar todo lo que hasta entonces había considerado como "alter ego". El sentimiento que sustentaba estas relaciones lo irá sustituyendo progresivamente por la razón. Es su propio entendimiento que le impele a plantearse el porqué de las cosas, tras una atenta observación. Pretenden los chicos entre los 15 y 18 años —las chicas un poco antes— llegar al conocimiento y comprensión de todo cuanto les rodea. Es el comienzo altamente positivo de la reflexión, de la maduración del juicio: característica ésta, quizá, más importante de la adolescencia y, sobre todo, de la juventud.

Todos hemos experimentado —padres, profesores— la rebeldía y sentido crítico que se despierta en los jóvenes, y cuántas veces, sin embargo, nos ha cogido desprevenidos por no tener en cuenta el proceso mental que en ellos se está produciendo. Quieren saber, tienen ansias de comprender; quieren reflexionar sobre un dato que les viene dado, y que, por primera vez, conscientemente se plantan ante él. Surge así la actitud crítica coincidente a veces con la rebelión y soberbia: es decir, el chico no acepta sin más lo que se le dice, venga de sus padres o de sus profesores. Lo aceptará en la medida en que él vaya enjuiciando las cosas, criticando lo que le viene de fuera, como fruto de una afirmación personal.

Ha tomado conciencia de ser persona. Quiere desarrollar sus capacidades. Por eso no puede sorprender que sea ésta una edad crítica e incluso hipercrítica. Pero no lo olvidemos: muchas veces se encuentra solo. No sabe cómo dirigir, orientar y aplicar su mente al chaparrón de impulsos exteriores que recibe. Es tan grande el caudal de información e incluso de falsos datos que intentan manipularle, que se le hace difícil ordenar las ideas. Y puede apa-

recer la reacción fácil: quedarse en los tópicos. Serán éstos los “slogans” propagandísticos, los inconformismos ideológicos, etc. De ahí que aparezcan también con mucha frecuencia en esta edad las primeras incongruencias.

Cúmulo de paradojas

El chico que ya empieza a criticar positivamente mediante un razonamiento objetivo cuanto le rodea, se va dando cuenta de que los mayores —padres, maestros, etc.— no son en ocasiones coherentes consigo mismos: observan —y muchas veces no sin razón— que una cosa es lo que dicen y otra, muy diferente, lo que hacen. Son las consecuencias, por otro lado inevitables del pecado original. Ellos mismos quedan desconcertados, porque el mundo que hasta ahora habían aceptado de sus mayores, como un “alter ego”, —formaba parte de sí mismos—, de pronto emerge con su propia personalidad. Los mismos padres pueden ser considerados ahora por los hijos casi como extraños, por una reacción muchas veces de soberbia. Comienzan a detectar su falta de autenticidad o la inadecuación entre lo que dicen y hacen. Hechos, por una parte, e ideas por otra. Esta dicotomía acaba por abrir un abismo profundo entre los deseos del chico por desarrollar su propia personalidad y la imagen que los padres, llevados de los mejores deseos, quieren imprimir en el ser de sus hijos. El diálogo acaba siendo difícil y, en la práctica, desaparece, casi siempre por falta de humildad.

No puede extrañar, en un caso así, la reacción de inconformismo. Incluso pueden llegar a ser despiadados, en ocasiones, con ellos mismos. Por lo que caen en el pesimismo, en la desgana, cuando comprueban que la consecución de los altos ideales a los que aspiraban cuesta sacrificios, supone renunciar a una serie de gustos o caprichos. Se alternan así sucesivamente en períodos relativamente cortos, los grandes proyectos con la desidia más completa; la ilusión y la alegría fácil con el decaimiento y la tristeza que todo lo tiñe de pesimismo. Viven en una continua paradoja.

Las primeras crisis

Se suelen presentar como crisis pasajeras en la adolescencia. Sin embargo, éstas son todavía superficiales y pueden solucionarse con relativa facilidad, porque el adolescente aún necesita de alguien en quien confiar. Se le puede atraer con cariño y con razo-

nes convincentes. Pero las crisis importantes, que no son para menospreciar, se presentan ya en la juventud propiamente dicha.

Ante estas primeras crisis, algunos jóvenes, quizá por contraste entre lo que ven como ideales claramente alcanzables, sugestivos e ilusionantes, y aquello que, por otra parte, comienzan a descubrir en ellos mismos de egoísmo, mal genio, falta de comprensión y de solidaridad, reaccionan con un sentimiento de no aceptación, de rebeldía, de contrariedad. Y es fácil, incluso, que ante los demás (familia, amigos, etc.) se sientan culpables. Esa tendencia a la culpabilidad, muchas veces con sobredosis de idealismo, degenera, no rara vez, en angustia e incluso en comportamientos neuróticos.

En estas crisis —relativamente fáciles de detectar cuando se está atento y se quiere ayudar de verdad— subyace de fondo una falta de adecuación entre lo ideal —el proyecto de vida que se hace el chico— y la propia realidad, tal como ésta a él le viene dada. Hay casi siempre una falta de conocimiento —de verdad— de quién es él mismo: con todas sus capacidades y también con todas sus limitaciones. Este es el primer grado de la crisis. Crisis que, cuando se dan, se pueden apreciar en cualesquiera de los campos familiar, escolar o religioso: abarca a la persona entera, en su conocimiento y en su afectividad.

Las dudas de fe

En esta situación se ve a Dios muy “lejano”, como si no pudiera compartir sus mismas dificultades. Incluso en algunos casos se le puede ver como “causa” de sus mismas miserias. “Tampoco El me entiende”, dirá. Y el chico metido ya en esta crisis acaba por considerar “natural” lo que le pasa... Ha cedido a la costumbre de seguir el dictamen de sus pasiones. Lo que al principio, con una buena base moral, le importaba mucho, llega el momento de considerarlo normal. La razón queda oscurecida; los impulsos cada vez más vehementes. Y la propensión a seguir el instinto cada vez más acentuada.

En este clima acaba por imponerse el sentimiento. No razona ni quiere admitir razones. Comienza a dudar de todo, pero especialmente de Dios y de sus normas morales que las ve sin sentido. Si los padres o un buen amigo quisieran ayudarle, la reacción puede ser inmediata: dirá que tratan de coaccionar su libertad. La verdad por la que estaría dispuesto a dar su vida en los momentos de los grandes ideales, ha quedado difuminada por un

subjetivismo que se hace galopante. Es bueno lo que "a mí me parece bueno". Y la crítica a la que propende su juicio se dirige ahora contra la misma sociedad que con sus tabús y trabas quiere coartar la expresión misma de su libertad.

Caeríamos en una trampa si quisiéramos resolver estas crisis y dudas de fe desde el ángulo estrictamente psicológico: porque una cosa es tener en cuenta nuestra propia psicología a la hora de ayudar a uno de estos chicos, y otra bien distinta es pensar que estas crisis pueden superarse sin más con un simple tratamiento psiquiátrico. Ciertamente tendremos que poner al chico delante de sí mismo para que reconozca, llevándole al punto de partida, cuál es la raíz de sus fallos. Habrá que hablarle también de sinceridad y de autenticidad consigo mismo. Será muy bueno que comience por valorar sus sentimientos más nobles, la fuerza de su razón y la capacidad de su voluntad, ahora muy resquebrajada y necesitada de ayuda. Pero todo esto, con ser importante, no basta. Ni siquiera el sermoneo paterno o las palabras llenas de ternura de la madre que observa las dificultades de su hijo. Y, menos aún, las llamadas al orden extemporáneas y violentas, quizá justificadas por la indignación que un día tras otro van produciendo en los padres las salidas de tono de sus hijos.

Habrán que ir todavía más a la raíz. Hemos de comenzar por donde, desde el principio, se debiera haber hecho: por dar una educación auténtica, que toma como punto de arranque la misma familia, y en la que cuentan tanto los padres como los mismos hijos.

En ese clima de confianza mutua y siempre con la ayuda de la gracia divina, surgirá —no lo dudamos— el consejo oportuno, la orientación adecuada matizada por la propia experiencia personal de vida cristiana que los padres intentan vivir.

A continuación exponemos en síntesis y a modo de ejemplo⁴, algunos puntos que consideramos básicos y que podrían integrar un programa de educación cristiana, dirigido a orientar a los jóvenes en sus momentos de crisis o dudas de fe.

1. *Cura profunda de humildad*

Se ha de comenzar por aceptar la situación real de los hijos, después de un examen atento de sus circunstancias. Muchos de los problemas quedarán resueltos por un simple examen que individúe las causas. Y como en la raíz casi siempre aparecerá el

4. JUAN PABLO II, EX. Ap. *Cathechesi tradendae*, nn. 28, 39, 40, 41.

deseo de independencia, la necesidad de querer crear un orden distinto de cosas, en una sociedad en la que observan hipocresía, conviene puntualizar para no dejarse llevar del subjetivismo. Es necesario hablar de Dios, de nuestra relación de dependencia del Creador, y lo que significa la libertad para cumplir con lo que Dios nos pide. De ese examen profundo y personal aflorarán, sin duda, aspectos en los que se muestren actitudes egoístas, y puesto que la humildad es la verdad, hemos de pedir coherencia entre lo que piden a sus padres y a la misma sociedad y lo que cada uno de ellos realmente es. Si queremos cambiar la sociedad —hemos de aclarar—, comencemos por cambiar nosotros mismos. Y, al final, si queremos ser consecuentes, vayamos al sacramento de la penitencia como el hijo pródigo que reconoce sinceramente que se ha equivocado cuando, llevado de su imaginación y sus sueños, creyó encontrar la felicidad —su felicidad— lejos de la casa paterna (cfr. Lc. 15,11-32).

En el “Phoenix Park” de Dublín, ante un millón trescientas mil personas, decía Juan Pablo II refiriéndose al Sacramento del Perdón: “Gracias al amor y misericordia de Dios, no hay pecado —por grande que sea— que no pueda ser perdonado; no hay pecador que sea rechazado. Toda persona que se arrepienta será recibida por Jesucristo con perdón y amor inmenso”⁵.

Nuestras faltas, cuando las reconocemos sinceramente, nos hacen más humildes y nos llevan de la mano a pedir perdón al Señor. Las dudas y posibles crisis de fe desaparecen cuando se acude al sacramento de la Penitencia y se hace una buena confesión.

2. Llevarles a convicciones profundas

Como educar es enseñar a pensar para luego actuar de acuerdo con un fin y mediante unas normas de conducta, a los jóvenes hemos de suministrarles los datos necesarios para que lleguen cuanto antes a la adquisición de convicciones profundas, auténticas y, por lo tanto, duraderas. Estas convicciones son consecuencia de la interrelación de entendimiento y voluntad en el mismo ser personal. La convicción es definida por el Prof. Arellano como “idea clara en el entendimiento asentada en el corazón”. No se puede decir de una manera más clara, más simple y a la vez más precisa lo que es la convicción.

5. JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa en el “Phoenix Park”*, Dublín, 29-IX-1979, en *Documentos Palabra*, n. 305.

En el caso concreto que nos ocupa, llevar a un chico a estas convicciones no será otra cosa que transmitir por la vía más directa nuestra misma fe hecha vida. Con doctrina clara, sin ambigüedades, iremos formando su criterio comenzando por las ideas madres, las fundamentales; con nuestra vida iremos mostrando una serie de hábitos cristianos que se traducirán en actitudes vitales. Es decir, se trata no sólo de hablarles a la cabeza, para que entiendan, sino también al corazón para que vivan aquello que han creído, de modo que las ideas no sean pura especulación intelectual, sin alma; por el contrario, nos interesa la vida, que las ideas bajen al corazón y lo informen; que la luz de la inteligencia dirija, en definitiva, la voluntad. De otro modo, acabaríamos por formar el extraño monstruo que alumbró el fariseísmo y que Jesucristo sentenció: "Haced lo que os digan, pero no los imitéis en sus obras" (Mt 23,3).

Estas convicciones, cuando están firmemente arraigadas, son la mejor defensa contra los continuos bombardeos de las diferentes ideologías que ahogan la vida del espíritu. Y la convicción lleva a la acción, se proyecta necesariamente en nuestra misma vida. No es tanto cuestión de confesionalidad en la vida profesional o pública, sino coherencia entre nuestro mismo ser de cristianos y nuestras obras diarias. El fenómeno reciente del "pasotismo" hunde ciertamente sus raíces en la falta de auténticas convicciones por las que vale la pena luchar. ¿Qué hubiera sido de los primeros cristianos sin estas convicciones profundas? Dificilmente hubiésemos hoy venerado a aquellos mártires, testigos de la fe. Poseían la verdad, habían llegado a la verdadera sabiduría, hecha carne de su misma carne en la identificación plena con Aquél que es el "Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6).

3. *Presentarles con hondura a Jesucristo, Dios y Hombre verdadero*

Hay chicos —portavoces irreflexivos de teorías anticristianas— para quienes Jesús no es más que un líder político, revolucionario, en lucha continua con el poder opresor de su tiempo. Identificarse con El no es más que imitar su misma rebeldía, sus continuas denuncias a la sociedad y al poder político que coartan y niegan la libertad. Para éstos, Jesús será prototipo de hombre inconformista; su religión, la lucha por la libertad; su misma muerte, un grito desgarrado por la causa de la justicia.

Otros ven en Jesús un idealista, muy próximo a Dios, pero completamente alejado de la realidad de los hombres. Su vida les

parece poesía; su obra, un completo fracaso. Tratar de identificarse con El hoy sería ilusorio, no pasaría de un dulce sueño.

Los más sensatos quieren conocer a Jesús de verdad. Van a los Evangelios y a veces no los entienden, porque —dicen— el vocabulario es de otra época. Se dirigen a los padres o a los profesores, pero o no tienen tiempo para que les enseñen o confiesan sinceramente que no saben explicárselo. Finalmente acaban por crearse una imagen de Jesús, perfecto Hombre, que no logran conciliar con la de Jesús, perfecto Dios.

En la educación y ayuda que hemos de facilitar a los chicos que se encuentran en esta situación, se hará necesario comenzar precisamente por ahí: presentar correctamente la Persona de Jesús, su vida y sus obras. Porque “no basta ser cristianos por el bautismo recibido —les advierte Juan Pablo II a los jóvenes de Nápoles— o por las condiciones histórico-sociales en que se ha nacido o se vive. Poco a poco se crece en años y en cultura, se asoman a la conciencia problemas nuevos y exigencias nuevas de claridad y de certeza. Es necesario, pues, buscar responsablemente las motivaciones de la propia fe cristiana. Si no se llega a ser personalmente conscientes y no se tiene una comprensión adecuada de lo que se debe creer y de los motivos de tal fe, en cualquier momento todo puede hundirse fatalmente y ser echado fuera, a pesar de la buena voluntad de padres y educadores”⁶.

La doctrina ha de estar cimentada en Jesucristo para que sea sólida. Hemos de transmitirla clara, sin ambigüedades ni mutilaciones, sirviéndonos de libros asequibles por su sencillez y exposición correcta de la doctrina.

Sin embargo, no basta con el buen deseo de formar bien, incluso cuando se dispone de esos libros como auxiliares. Necesitan los chicos de argumentaciones vivas, las llamadas “ab homine”, desde nuestra misma conducta, avaladas con nuestro ejemplo de vida, con el de todos cuantos nos han precedido en la Iglesia. En un rato sosegado de conversación serena, preparada con mucha oración, se les puede dejar caer para que lo piensen: ¿crees que un hombre o una mujer —y se cuentan por millares— habrían entregado su vida en martirio, dando testimonio con su fe, si Jesucristo no fuera Dios, si no hubiera resucitado?; ¿o piensas que cuando vamos a Misa y me confieso, me arrodillaría delante del sacerdote si él no representara a Jesucristo?; ¿quién es ese hom-

6. JUAN PABLO II, *Discurso a los jóvenes de Nápoles*, 24-III-1979, en *Documento Palabra*, n. 98.

bre para que yo me arrodille delante de él y me acuse de mis pecados?

Con estos y otros interrogantes se puede ir dando en un clima de diálogo respetuoso y cordial entre padres e hijos, a solas con cada uno, una buena formación, de acuerdo con los intereses particulares que cada hijo tenga.

No hemos de olvidar que la divinidad de Jesucristo puede mostrarse por sus milagros, entre los que destaca como argumento definitivo su misma Resurrección. Los textos evangélicos y todo el Nuevo Testamento pueden servir para hacer una lectura meditada en profundidad, de modo que los chicos lleguen a compenetrarse con Jesús, se familiaricen con El; quedarán sorprendidos de su comprensión y cariño hacia los pecadores; le verán participar de las alegrías y de las penas de cuantos le rodean; ejercitar sin límites su paciencia hacia aquellos que no le aceptan.

4. *Vida interior más profunda*

Los chicos suelen hablar con cierta espontaneidad de aquello que sienten, porque tienen a flor de piel su misma sensibilidad. Cuando andan metidos en algunas de sus crisis rebeldes suelen argumentar sin otra explicación: "eso yo no lo siento, no me dice nada", y sacan enseguida la conclusión, aunque no la expresen en palabras: "luego no es verdadero". Llegan a establecer en su mundo interior, perfectamente custodiado y pertrechado frente a los argumentos sólidos de sus padres, una relación entre el sentimiento y la inteligencia, entre el sentir y la verdad.

Aunque la Sagrada Escritura habla ciertamente de conocer con el corazón (cfr. Mt 9,4), ya que el corazón en lenguaje bíblico es el centro y motor de la persona humana, no ha de confundirse éste con la verdad y menos con el sentimiento, aunque debemos educar voluntad y sentimiento para que tiendan rectamente al bien que la inteligencia ayudada por la fe le presenta como verdadero.

Por esta razón no podemos despreciar el papel del corazón, de la misma afectividad, en la tarea de ayudar en la fe de los hijos. ¡Cómo vamos a prescindir del corazón cuando precisamente se trata de amar a Dios con todo el corazón, y al prójimo como a uno mismo! Caeríamos en la aberración de una formación racionalista, fría y sin alma. Los chicos necesitan vitalmente experimentar las cosas, hacerlas suyas. Y esto es aplicable incluso a la misma presencia de Dios. De incompleta habríamos de calificar

una formación que detuviera su ayuda —cuando las crisis aparecen— en un nivel de pura información. Muchos datos, sí, precisos y hasta doctrinalmente seguros, pero que no logran calar en los chicos porque no los han digerido, no los han hecho suyos. Y aparece la fe como muerta, sin que realmente informe sus vidas.

Si toda esa doctrina no se proyecta de alguna manera en la vida personal, de modo que el chico llegue a un trato vivo con Dios, a una conversación sincera sabiéndose hijo de Dios, habríamos perdido el tiempo. Hemos de ponerles en condiciones de que traten a Jesucristo, que puedan enamorarse de El, siendo un protagonista más en esas escenas evangélicas en las que encontramos al Señor reunido con sus discípulos en tertulia reposada, iluminando sus inteligencias y llenando de amor sus corazones.

La vida interior se hará así expresión de verdadera piedad, alimentada por el trato diario con Jesús en esos minutos de recogimiento en oración personal. Sin normas rígidas, sin planteamientos teóricos, con la flexibilidad que da la filiación divina. Porque ser cristiano es bastante más que poseer unos simples principios, tantas veces inoperantes. Supone vivir en unión con un organismo vivo —la Iglesia—, donde los cristianos vivimos como hijos de Dios y hermanos de quienes tienen nuestra misma fe. Es en la Iglesia donde nos alimentamos de continuo con los Sacramentos, vivimos en la Liturgia y permanecemos vitalmente incorporados a Jesucristo por la obediencia al Romano Pontífice, su cabeza visible en la tierra.

El mismo Jesucristo no se limitó a transmitirnos solamente una doctrina, sino que quiso expresamente que esa doctrina se hiciera vida por la fe: “el que crea y sea bautizado, se salvará” (Mc 16,16); y por las buenas obras: “porque no todo el que dice Señor, Señor se salvará, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7,21).

5. *Enseñar en diálogo comprensivo y respetuoso*

Jesucristo —Camino, Verdad y Vida— nos da ejemplo de buena pedagogía. En la transmisión de su doctrina, que quiere hacer vida en las personas que le escuchan, el Evangelio nos lo presenta sugiriendo, invitando: pone ejemplos, utiliza parábolas. Ordinariamente nunca da las verdades como imponiéndolas, sin previa preparación, sino que casi siempre comienza preguntando. Así, por ejemplo, en tema tan fundamental como es su misma divinidad, lanza la siguiente pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que

soy yo? (Mt 16,15). Espera la respuesta, inicia un diálogo, quiere captar la atención de quienes le escuchan. Y oye opiniones de las más variadas. Luego con autoridad expone la verdad. No comienza dando la doctrina, sin más. Y lo podría haber hecho. A través del diálogo va introduciendo a las personas en su misma vida divina, en un ambiente completamente sobrenatural. Lo mismo cabría decir de la promesa de la Eucaristía contenida en el discurso de la sinagoga de Cafarnaún (cfr. Jn 6,35-59), donde a través de círculos concéntricos, desde lo más conocido a lo menos conocido, va desvelando el misterio. Luego, ante la incredulidad de los judíos, expone la fe de manera inequívoca.

Así procede con los primeros discípulos, cuando aquella tarde paseando por la ribera del lago, se acercan los primeros y le preguntan: "Maestro, ¿dónde vives?". A lo que responde, "venid y lo veréis" (Jn 1,28-29). No les dice, pues yo vivo en tal sitio, pura información nocional. Sino que quiere que hagan vida su misma presencia. Y pasaron con El toda la tarde. ¿Qué hizo Juan, sino una oración auténtica, prolongada?, fruto de la cual recibe su vocación y su misión. Le sigue a partir de entonces hasta el fin de su vida. Y, además, como los demás Apóstoles, lleva a otros, de la misma manera: ven y verás (cfr. 5,46).

Sí, en diálogo comprensivo y respetuoso, va llevando Jesucristo a sus apóstoles. Van éstos dejando poco a poco su modo de mirar exclusivamente humano, pequeño y a ras de suelo, para comprender, con nueva visión, las cosas de Dios, todo lo que el Señor quiere mostrarles. Irán alternando —así de volubles somos— los actos de fe y el reconocimiento de las miserias personales. De ahí aquel "aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré" (Mc 14,31), dijo Pedro en un impulso generoso. Luego observa que ha renegado por tres veces de su Maestro (cfr. Mc 14,72).

No podemos impacientarnos en la tarea de la formación de los jóvenes, porque junto a los avances manifiestos, también experimentemos retrocesos patentes; pero lo importante es no desmayar. Y con la gracia de Dios, junto con el empeño de acomodarnos a su modo de entender, sabremos captar su atención utilizando imágenes nuevas, para luego dar la doctrina, en un diálogo amistoso.

6. *Fomentar los grandes ideales: la aventura de ser cristiano*

Propio de la juventud es, y hasta connatural con ella, la capacidad de ideales. En aras de un realismo adulto no podemos

disminuir esa capacidad, sino más bien orientar y hacer posible su realización. Desde este punto de vista, seguir a Jesucristo comporta una arriesgada aventura, un genuino ideal. Es un ideal por el cual vale la pena dar la vida, entregarlo todo. ¡Qué aleccionador es el ejemplo del joven rico! (cfr. Mc 10,17-22). El ideal noble que surgió en su vida fue cercenado por su falta de generosidad, por el apegamiento a los bienes que no son los verdaderos.

También a la juventud de hoy puede ocurrirle lo mismo. Sus grandes y nobles ideales pueden quedar, cuando más, en idealismo, si les falta la generosidad para realizarlos comprometidamente. Por esta razón, a los chicos hay que pedirles más cada día, porque “el Señor sabe que dar es propio de enamorados, y El mismo nos señala lo que desea de nosotros. No le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: “*dame, hijo mio tu corazón* (Prov 23,26). ¿Véis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo. No anda buscando cosas nuestras, repito: nos quiere a nosotros mismos”⁷.

La juventud quedaría defraudada —y es una experiencia constante— cuando sólo se le pidiera un poquito, cuando se le pusieran límites *a priori* a su generosidad. Ellos precisamente miden el valor de una cosa por lo que les cuesta; y un ideal auténtico por la entrega que supone.

Pero ¿quién les pide más?; ¿quién está en condiciones de ir por delante en una sociedad dominada por el materialismo hedonista, cuando todo acto de entrega es medido por el beneficio o utilidad que reporta?

La respuesta viene dada por ese punto de Camino que dice: “Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio”⁸. Sin sacrificio, ni los padres serán verdaderos educadores de sus hijos; ni los profesores o sacerdotes estarán en condiciones de proponerse como ejemplo vivo de una juventud que está pidiendo a voces ver hechas realidad en las personas que les rodean esos grandes ideales que proclaman. En consecuencia, para exigir a otros, hemos de empezar por exigirnos a nosotros mismos.

Quizá sea éste el gran atractivo que sobre la juventud de todo el mundo ejerce el Romano Pontífice actual. Cuando Juan Pablo II habla, expresa lo que lleva dentro, aquello que vive. Habla de esperanza, porque tiene fe y vive de ella; porque ama a Dios

7. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 35.

8. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 175.

con toda su alma y esto le lleva a entregarse sin limitaciones a cuantos le rodean. Le supone ciertamente sacrificio, pero ahí está la clave para entender el influjo tan extraordinario que ejerce sobre todo el mundo, cansado ya éste en su cuerpo de lo que empequeñece y achica; sediento en su espíritu de Dios y con hambre por alcanzar el verdadero Ideal, aunque le suponga sacrificio.

La juventud busca ideales auténticos. Hasta en Rusia se han rebelado los jóvenes y los intelectuales disidentes en protesta por el estrangulamiento espiritual de que son objeto. Así escribía uno de estos poetas: "Creo que, en efecto, un día reinará la abundancia. Pero cuando todo sea sondeado habrá, a pesar de todo, hombres que habrán guardado silencio y se habrán quedado solos con su alma. Y de nuevo su sueño de consuelo les llamará. Comprenderán que el mundo no es tan sencillo; comprenderán que no pueden satisfacerse con engranajes, átomos y estrellas. Y de nuevo estos millones de débiles y de insatisfechos se volverán hacia los poetas rogándoles: 'Dad alimento a nuestras almas hambrientas, pues la tierra está vacía sin vuestra claridad'"⁹.

Hambre de Dios es lo que experimenta hoy también, consciente o inconscientemente nuestra juventud. Y ese hambre sólo podrá ser saciada con el alimento verdadero, amasado en la doctrina de Jesucristo y condimentado en el horno de la entrega por amor a Dios, en obras de servicio a nuestro prójimo.

7. *Enseñar a navegar contra corriente*

Proponer ideales grandes, nobles, difíciles de alcanzar porque llevan consigo esfuerzo, renuncia, generosidad, es fácil de enunciar. No habríamos hecho más que comenzar. Se hace necesario dar con la terapia correspondiente.

Todo esto conlleva la necesidad de abrir camino, de ir por delante. El "caminante, no hay camino, se hace camino al andar" se puede aplicar plenamente aquí. Los aburguesados y los egoístas, los comodones y los conformistas se irán quedando atrás barridos por las distintas olas de moda en cada momento. Flores efímeras que se agostan al primer rayo del sol; plantas de invernadero que no resisten las inclemencias del tiempo; hombres y mujeres sin personalidad definida a merced del primer demago go de turno: que no se han tomado la molestia de pensar, reflexionar sobre su misma vida. Y allá van, sin peso ni medida, como espuma figurativa en la cresta del último oleaje al uso.

9. Jivosky, en *Rusia encuentra de nuevo su espíritu*, NC, Madrid 1967.

Los jóvenes que hoy necesita la Iglesia, los que espera la nueva humanidad que se asoma a las puertas del tercer milenio, han de ser fuertes, recios, sólidos en su vida espiritual y destacados, por estudiosos, en las ciencias humanas. Hombres y mujeres con criterio propio, que sepan huir del aburguesamiento. Alegres, optimistas, porque saben que Jesucristo triunfó sobre la muerte, y con El se inició la Vida. Jóvenes que tienen mucho que decir a una sociedad que espera aún ser redimida en los hombres concretos, en sus actividades profesionales, en todo el ámbito económico social y político.

Ante esta hora apasionante de la historia no cabe el pesimismo, el deje cansino y los lamentos cansinos de los que vienen de vuelta, aquellos que se dejaron arrollar por las olas del materialismo. No deberíamos quedarnos los mayores en la consideración superficial de lo que es puramente accidental en la gente joven: sus maneras de hablar y de vestir; sus comportamientos estridentes. No podemos negar todo eso, pero hemos de ver con sano optimismo lo que puede mejorarse, las capacidades reales de respuesta. Porque en el fondo de toda persona debidamente formada hay siempre un deseo de superación, un afán noble por descubrir los ideales por los que vale la pena luchar.

No vale, sin más, decirles que dejen a sus amigos de costumbres licenciosas; que no tomen drogas o que se abstengan de espectáculos indecentes. Hay que decirlo, ciertamente, y con fuerza, pero eso sólo no basta. La verdadera formación lleva a proporcionarles todos los recursos que les lleven a pensar por su cuenta, a tener ideas propias y formarse un criterio cristiano; que sepan contar con los remedios oportunos. Por eso no vale la formación de cliché negativo, porque la virtud es siempre positiva. Y dentro de las virtudes que convendrá mostrar como la terapia más adecuada, se encuentran la fortaleza, la reciedumbre y la templanza; austeridad y preocupación por hacer la vida agradable a los demás: espíritu de servicio.

8. *Señorio ante las cosas que atan*

Con frecuencia, los padres son testigos —y por ello deberían dar muchas gracias a Dios— de cómo brota el ideal cristiano en el alma de sus hijos, ante el impulso de la gracia divina que les arrebató, de igual manera que un día se fijó en aquel joven rico que relata S. Marcos: “Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y

dijo...: ven y sígueme” (Mc 10,21). Pero aquel chico, que inicialmente había alimentado la esperanza de seguir a Jesús, preguntó: “¿Qué he de hacer?”. Sabemos bien lo que sigue: “se fue triste, porque tenía mucha hacienda” (v. 22). No quiso aceptar el compromiso del amor divino que acababa de llamar a las puertas de su corazón. No quiso dejar por el Señor aquello que le ataba y le sujetaba fijo a ras de suelo.

En el “Boston Common” de Estados Unidos, ante más de quinientas mil personas, en su mayoría jóvenes, Juan Pablo II se dirigía a través de ellos a todos los jóvenes del mundo: “Os digo a cada uno de vosotros: escuchad la llamada de Cristo. Cuando sentís que os dicen: “sígueme: ¡Camina sobre mis pasos! ¡Ven a mi lado! ¡Permanece en mi amor! Es una opción que se hace: la opción por Cristo y por su modelo de vida, por su mandamiento de amor...”

No es difícil ver cómo el mundo de hoy, a pesar de su belleza y grandeza, a pesar de las conquistas de la ciencia y de la tecnología, a pesar de los apetecidos y abundantes bienes materiales que ofrece, está ávido de más verdad, de más amor, de más alegría... Frente a estos problemas y a estas desilusiones, muchos tratarán de huir de las propias responsabilidades, refugiándose en el egoísmo, en los placeres sexuales, en la droga, en la violencia, en el indiferentismo o en una actitud de cinismo. Pero yo os propongo la opción del amor, que es lo contrario de la huida. Si vosotros aceptáis realmente este amor que viene de Cristo, éste os conducirá a Dios”¹⁰.

También puede ocurrir que al comienzo de toda crisis de fe en los hijos, haya un problema subyacente de apetito egoísta e insaciable de bienes materiales, de consumismo galopante, amasado incluso en el mismo rescoldo familiar, o al menos facilitado por la permisividad de sus padres. Si desde pequeños se acostumbra a los hijos a ir cortos de dinero, enseñándoles lo que cuesta ganar unas pesetas y administrar los recursos con responsabilidad, se hace más difícil una desviación en este terreno. Pero si, como ocurre con harta frecuencia, se les concede a los hijos como premio a los buenos resultados en los estudios —que para ellos es una obligación— el deportivo o la moto último modelo, amén de una paga alta semanal, se están poniendo los cimientos de lo que más tarde será capricho antojadizo que todo lo subordina al afán

10. JUAN PABLO II, *Homilía en el “Boston Common”*, 1-X-1979, en *Documentos Palabra*, n. 316.

de poseer. Con esto no queremos decir que no pueda regalarse a los hijos aquello que se considere conveniente, según los casos. Lo que intentamos es prevenir a los padres que adoptan como sistema ciertos incentivos que alimentan actitudes consumistas de los hijos.

No nos engañemos: para navegar contra corriente en esta sociedad nuestra tan materializada, en la que la autenticidad de los valores se mide en parámetros económicos, se hace necesario un refuerzo de la virtud de la pobreza, comenzando en la propia familia, que ha de imitar también en esto a la Sagrada Familia de Nazaret, que supo vivir con señorío el desprendimiento de los bienes materiales, generosamente y por amor de Dios.

9. *Necesidad de confianza y diálogo*

La dificultad de solucionar las crisis de los hijos, como vamos viendo, tiene varias causas, pero una de ellas y no pequeña procede de la ausencia de ejercicio de la autoridad paterna. Los padres deben aconsejar a sus hijos, transmitirles unos criterios, pero muchas veces no saben cómo hacerlo por temor a que se vean éstos como impuestos, a una reacción rebelde. Podemos excusarnos y dejar de reprender a tiempo: sería lo más cómodo. También es fácil caer en el extremo opuesto: decir las cosas con intemperancia porque nos encontramos molestos.

Como en toda educación, no hay otro camino que unir la autoridad con la confianza, fruto ésta del cariño real que se tiene a los hijos. Y en ese clima de confianza es fácil que surja el diálogo —sin dejar de reprender cuando sea necesario—, mediante el cual los hijos observarán que sus padres les comprenden, porque pasaron por sus mismas dificultades, y tuvieron los mismos o parecidos problemas.

Para que haya, en definitiva, sintonía con los jóvenes ha de darse por parte de los adultos una verdadera comprensión de sus problemas. Y esta comprensión sólo será posible si es el amor —donación, servicio desinteresado— el que mueve al diálogo. Disponibilidad para escuchar, para ponerse en su lugar, para ver los problemas y cuanto con ellos se relaciona como ellos lo ven. Sin este esfuerzo de compenetración será difícil que los padres sepan dar la respuesta oportuna, el consejo adecuado.

Es verdad que no todo es justificable en los jóvenes, aun cuando comprendamos sus flaquezas. Ellos poseen un alto concepto de la justicia y quedarían por esto defraudados si no se les corri-

giera a tiempo, con cariño y comprensión. Pero si esta corrección se da como consecuencia de un diálogo, fruto de la amistad, será bien recibida. Tardará más o menos en echar raíces en esa persona, pero acabará imponiéndose por sí misma si es certera, y la incorporarán a su propia personalidad.

De ahí que quienes tienen la responsabilidad de esta formación —también los profesores y los sacerdotes— han de tener mucho cuidado de no caer en lagunas en los programas de formación. El mensaje cristiano ha de estar presente con toda su fuerza, sin sustituciones o sucedáneos de corte humanístico, evitando toda intromisión ideológica que reduciría el cristianismo a un mero programa político.